

Había escuchado rumores sobre la tía de Seaton mucho antes de encontrarla. Seaton, en el silencio de la confidencia o en cualquier pequeña muestra de tolerancia de nuestra parte, se refería a ella como: «Mi tía vieja, ya sabes». Tenía una cantidad inusual de dinero; o, en cualquier caso, se le otorgaba en cantidades inusualmente grandes; y lo gastaba libremente, aunque ninguno de nosotros lo habría descrito como un tipo muy generoso.

Al principio del trimestre traía delicadezas sorprendentes y exóticas en una caja con un candado que lo acompañó desde su primera aparición en Gummidge's hasta la conclusión bastante abrupta de sus días escolares. Desde el punto de vista de un niño, parecía desagradablemente extraño con su piel amarillenta, ojos lentos de color chocolate y una figura delgada. Simplemente por su aspecto, la mayoría de nosotros, los ingleses de azul verdadero, lo tratamos con condescendencia, hostilidad o desprecio. Solíamos llamarlo Pongo, pero sin una excusa mucho mejor para el apodo que su piel.

Seaton y yo, como puedo decir, nunca fuimos íntimos en la escuela; nuestras órbitas solo se cruzaban en clase. Me mantuve deliberadamente alejado de él. Sentí vagamente que era un falso, de manera tal que lo ignoré altivamente.

Los dos éramos rápidos, y en la escuela solíamos escondernos ocasionalmente. Este es mi mejor recuerdo de Seaton: su rostro estrecho y vigilante, al anochecer de una tarde de verano; su peculiar forma de agacharse y sus susurros y murmullos inarticulados. De lo contrario, jugaba todos los juegos flojamente y sin fuerzas; solía pararse y alimentarse en su casillero con un amigo o dos. Después malgastaba su dinero en una fantasía extravagante u otra. Compró, por ejemplo, un brazalete de plata, que llevaba encima del codo izquierdo, hasta que algunos de los muchachos mostraron su desdén magistral por la práctica colocársela alrededor del cuello.

Necesitaba, por lo tanto, un gusto bastante peculiar, y un tipo bastante raro de coraje escolar e indiferencia a la crítica, para estar muy asociado con él. Yo no tenía ninguna de las dos cosas. Sin embargo, sí hizo avances, y en una ocasión memorable me otorgó una olla entera de una gelatina extravagante de color morera. En la exuberancia de mi gratitud, prometí pasar las próximas vacaciones de medio término con él en la casa de su tía.

Había olvidado mi promesa cuando, dos o tres días antes de las vacaciones, él apareció y me lo recordó triunfalmente.

—Bueno, para decirte la verdad, Seaton, viejo amigo... —comencé gentilmente, pero él me interrumpió.

—Mi tía te espera —dijo—. Está muy contenta de que vengas. Seguro que será bastante decente contigo, Withers.

Lo miré con asombro. El énfasis era incalculable. Parecía sugerir que una tía no insinuada hasta ahora, y una sensación amistosa del lado de Seaton, eran elementos mucho más desconcertantes que bienvenidos.

Llegamos a la casa de su tía en tren, pero también realizando un trecho en carro e incluso un último caminando. Fue un día de viaje completo, y sentí que necesitaba dormir toda la noche. Me prestó una extraordinaria ropa de noche, recuerdo. La calle del pueblo era inusualmente ancha, y se unía a dos caminos convergentes, con una posada y un alto cartel verde en la esquina. A unos cien metros calle abajo había una farmacia, de un tal señor Tanner. Bajamos los dos escalones hasta su interior oscuro y oloroso para comprar, recuerdo, un poco de veneno para ratas. Un poco más allá de la farmacia estaba la fragua. Luego caminamos por un sendero muy estrecho, debajo de una pared bastante alta, sobre malezas y mechones de hierba, y así llegamos a las puertas de hierro del jardín y la alta casona detrás de su enorme sicómoro. A la izquierda de la casa había una cochera y, a la derecha, una puerta que conducía a una especie de huerto. El césped yacía nuevamente a la izquierda, y en el fondo (porque todo el jardín se inclinaba suavemente hacia un arroyo lento y apresurado como un estanque) había un prado.

Llegamos al mediodía y entramos por las puertas bajo el brillo de las ventanas con cortinas oscuras. Seaton me condujo de inmediato a través de la pequeña puerta del jardín para mostrarme su estanque de renacuajos, plagado (estando yo en absoluto interesado) de las criaturas más horribles, de todas las formas, consistencias y tamaños. Todavía puedo ver su rostro absorto mientras, poniéndose en cuclillas, pescaba las cosas viscosas con sus palmas cetrinas. Cansados por fin de estas mascotas, merodeamos por un tiempo sin rumbo. Seaton parecía estar escuchando, o al menos esperando, que algo sucediera o que alguien viniera. Pero no pasó nada y nadie vino.

De todos modos, la primera vista que tuve de su tía fue cuando, a la llamada de un gong distante, nos alejamos del jardín, muy hambrientos y sedientos, para almorzar. Nos estábamos acercando a la casa, cuando Seaton se detuvo de repente. De hecho, siempre he tenido la impresión de que me tiró de la manga, como si quisiera atraparme, mientras gritaba:

—¡Cuidado, ahí está!

Estaba parada en una ventana superior que se abría de par en par. A primera vista

parecía una figura excesivamente alta y abrumadora. En realidad, era más bien una mujer de menor tamaño, a pesar de su cara larga y cabeza grande. Creo que debe haberse quedado inusualmente quieta, con los ojos fijos en nosotros, aunque esta impresión puede deberse a la repentina advertencia de Seaton y a mi conciencia del aire cauteloso y apagado que había caído sobre él al verla. Sé que sin la menor razón en el mundo sentí una especie de culpa, como si me hubieran descubierto. Había un patrón de estrellas rociado en su vestido de seda negro, e incluso desde el suelo podía ver los inmensos mechones de su cabello y los anillos en su mano izquierda que sostenían los pequeños botones a presión de su corpiño. Observó nuestro avance sin moverse, hasta que, imperceptiblemente, sus ojos se alzaron y se perdieron en la distancia, de modo que fue por un supuesto ensueño que pareció despertar repentinamente a nuestra presencia debajo de ella cuando nos acercamos a la casa.

—Así que este es su amigo. Señor Smithers, supongo —dijo ella, balanceándose hacia mí.

—Withers, tía —dijo Seaton.

—Es casi lo mismo —dijo, con los ojos fijos en mí—. Entre, señor Withers.

Ella continuó mirándome, al menos, creo que lo hizo. Sé que la fijeza de su escrutinio y su irónico señor me hicieron sentir particularmente incómodo. No obstante, fue extremadamente amable y atenta conmigo, aunque, sin duda, su amabilidad y atención se mostraron más vívidamente en contraste con la total indiferencia que mostró con Seaton. Recuerdo una observación que ella hizo en cierto momento:

—Cuando miro a mi sobrino, señor Smithers, me doy cuenta de que somos polvo, y en polvo nos convertiremos. Eres ardiente, sucio e incorregible, Arthur.

Ella se sentó a la cabecera de la mesa, Seaton a los pies, y yo ante un gran mantel de damasco, entre ellos. Era un comedor viejo y bastante cerrado, con ventanas abiertas al jardín verde y una maravillosa cascada de rosas marchitas. La gran silla de la señorita Seaton daba a esta ventana, de modo que su luz reflejada en rosa brillaba por completo en su rostro amarillento y en los ojos color chocolate, como los de mi compañero de escuela, excepto que los suyos estaban más que medio cubiertos por párpados inusualmente largos y pesados.

Allí se sentó, comiendo constantemente, con esos ojos fijos en su mayor parte en mi cara. Por encima de ellos había unas líneas profundas entre sus cejas; y encima de eso, la amplia extensión de una ceja notable debajo de un extraño banco de cabello. El almuerzo fue abundante y, recuerdo, consistía en todos los platos que generalmente se consideran demasiado ricos y demasiado buenos para la digestión de los escolares: mayonesa de langosta, salchichas, una inmensa tarta de ternera y jamón con huevos, trufas e innumerables sabores deliciosos; además de cremas y dulces. Incluso

tomamos vino, y medio vaso de jerez cada uno.

La señorita Seaton disfrutó y satisfizo un apetito enorme. Su voracidad natural pronto superó mi nerviosismo hacia ella, incluso hasta el punto de permitirme disfrutar al máximo de mi inclinación. Seaton era singularmente modesto; la mayor parte de su comida consistía en almendras y pasas, que mordisqueaba subrepticamente, como si tuviera dificultades para tragarlas.

No quiero decir que la señorita Seaton «conversara» conmigo. Ella simplemente esparcía comentarios mordaces y de vez en cuando lanzaba una pregunta provocada. Pero su rostro era como un denso muro e implicaba un acompañamiento a su charla. En ese momento dejó el «señor», para mi gran alivio, y comenzó a llamarme Withers, o a veces Withe o Smithers, e incluso una vez hacia el final de la comida, Johnson.

—¿Y Arthur es un buen chico en la escuela, señor Withers? —fue una de sus muchas preguntas—. ¿Le agradan sus maestros? ¿Es el primero en su clase? ¿Qué piensa de él el reverendo doctor Gummidge?

Sabía que se estaba burlando de él, pero su rostro se mantuvo firme ante el menor destello de sarcasmo o broma. Contemplé fijamente una media luna de langosta ruborizada.

—Creo que eres octavo, ¿no es así, Seaton?

Seaton movió sus pequeñas pupilas hacia su tía. Pero ella continuó mirándome con una especie de concentrado desapego.

—Me temo que Arthur nunca será un erudito brillante —dijo, llevándose un tenedor hábilmente cargado a su boca ancha.

Después del almuerzo, me precedió hasta mi dormitorio. Era un dormitorio pequeño y alegre, con un suelo pulido. Sobre el lavabo había un pequeño dibujo de acuarela enmarcado en negro, que representaba un ojo grande con una intensidad extremadamente parecida a la de un pez, y en letras iluminadas, debajo, estaba impreso «Tú Dios me ve», seguido de un monograma largo en bucle. Las otras imágenes eran todas del mar: bergantines, una goleta sobrevolando acantilados calcáreos; una isla rocosa de prodigiosa pendiente, con dos diminutos marineros arrastrando un monstruoso barco por una plataforma de playa.

—Ésta es la habitación, Withers, mi pobre y querido hermano William murió cuando era niño. ¡Admire la vista!

Miré por la ventana a través de las copas de los árboles. Era un día caluroso sobre los campos verdes, y el ganado estaba de pie agitando sus colas en las aguas poco

profundas. Pero la vista en ese momento se hizo más vívidamente impresionante por el temor de que ella preguntara por mi equipaje. Yo no había traído ni siquiera un cepillo de dientes. No necesitaba haber tenido miedo. La suya no era ese tipo de mente sumamente civilizada que está repleta de detalles afilados y materiales. Su amplia presencia tampoco podía describirse como en lo más mínimo maternal.

—Nunca consentiría en interrogar a un compañero de escuela a espaldas de mi sobrino —dijo, de pie en medio de la habitación—, pero dime, Smithers, ¿por qué Arthur es tan impopular? Entiendo que usted es su único amigo íntimo.

Estaba de pie bajo un destello de sol, y sus ojos me miraban con tal penetración bajo sus párpados gruesos que dudo que mi rostro ocultara el menor pensamiento.

—Pero —añadió con mucha suavidad, inclinando un poco la cabeza—, no se moleste en contestarme. Nunca extorsiono una respuesta. Los chicos son peces raros. Brains quizás le sugirió que se lavara las manos antes del almuerzo; pero... no es mi elección, Smithers. ¡Dios no lo quiera! Y ahora, quizás, le gustaría volver al jardín. En realidad, no puedo verlo desde aquí, pero no me sorprendería que Arthur se esconda detrás de ese seto.

Era él. Vi que asomaba la cabeza y echaba un rápido vistazo a las ventanas.

—Únase a él, señor Smithers. Espero que volvamos a encontrarnos en la mesa del té.

Seaton nos comprometimos en dar vueltas y vueltas en un torpe y viejo caballo gris que encontramos en el prado, antes de que apareciera una figura caminando por el sendero del campo. al otro lado del agua, con un parasol magenta cuidadosamente colocado en nuestra dirección a lo largo de su lento avance, como si esa fuera la aguja magnética y nosotros el Polo fijo. Seaton perdió inmediatamente el valor y el interés. A la siguiente sacudida de la vieja yegua, se desplomó sobre la hierba, y yo me deslicé de la lustrosa y ancha espalda para unirme a él, frotándole el hombro y mirando con amargura la figura pomposa hasta que se escapó de nuestra visión.

—¿Era tu tía, Seaton? —pregunté.

El asintió.

—Entonces, ¿por qué no se fijó en nosotros?

—Ella nunca lo hace.

—¿Por qué no?

—Oh, maldita sea, esa es la peor parte de todo esto.

Seaton fue uno de los pocos compañeros de Gummidge's que tuvo la ostentación de usar malas palabras. Él también había sufrido por eso. Pero no fue, creo, una bravuconería. Creo que realmente sentía ciertas cosas con más intensidad que la mayoría de los demás compañeros, y generalmente eran cosas que la gente afortunada y corriente no siente en absoluto: la peculiar cualidad, por ejemplo, de la imaginación de un escolar británico.

—Te lo digo, Withers —continuó malhumorado, deslizándose por el prado con las manos en los bolsillos—, ella lo ve todo. Y lo que no ve, lo sabe.

—¿Pero cómo? —dije, no porque estuviera muy interesado, sino porque la tarde era tan calurosa, tediosa y sin propósito, y parecía más aburrido permanecer en silencio. Seaton se volvió tristemente y habló en voz muy baja.

—Es... porque está aliada con el diablo —asintió con la cabeza y se inclinó para recoger un guijarro redondo y plano—. Te lo digo —todavía agachado—, los demás no se dan cuenta de lo que es. Sé que estoy un poco loco y todo eso. Pero tú también lo estarías si tuvieras a esa vieja bruja escuchando cada pensamiento que piensas.

Lo miré, luego me volví y contemplé una por una las ventanas de la casa.

—¿Dónde está tu padre? —dije torpemente.

—Muerto, hace siglos y siglos, y mi madre también. Ella no es mi tía ni siquiera por derecho.

—Entonces, ¿qué es?

—Quiero decir que no es la hermana de mi madre, porque mi abuela se casó dos veces. No sé cómo llamarla, pero de todos modos no es mi verdadera tía.

—Te da mucho dinero.

Seaton me miró fijamente con sus ojos planos.

—No puede darme lo que es mío. Cuando llegue a la mayoría de edad, la mitad del lote será mío; y lo que es más —le dio la espalda a la casa—, haré que su mano pague cada bendito chelín.

Metí las manos en los bolsillos y miré a Seaton.

—¿Es mucho?

Asintió.

—¿Quién te lo dijo? —de repente se enojó mucho; un rojo oscuro asomó a sus mejillas, le brillaron los ojos, pero no respondió, y deambulamos con indiferencia por el jardín hasta que llegó la hora del té.

La tía de Seaton vestía un tipo extraordinario de chaqueta de encaje cuando entramos juntos, tímidamente, en el salón. Me saludó con una sonrisa pesada y prolongada y me pidió que acercara una silla a la mesita.

—Espero que Arthur te haya hecho sentir como en casa —dijo mientras me entregaba mi taza en su mano torcida—. No me habla mucho; pero en fin, soy una anciana. Debes volver, Wither, y sacarlo de su caparazón. ¡Viejo caracol!

Meneó la cabeza hacia Seaton, que estaba sentado comiendo pastel y mirándola fijamente.

Confieso que encontré su compañía bastante inquietante.

La noche avanzaba. Las lámparas fueron traídas por un hombre de rostro anodino y pasos muy silenciosos. Se le dijo a Seaton que trajera el ajedrez. Y jugamos una partida, ella y yo, con su gran barbilla sobre el tablero en cada movimiento mientras se regodeaba con las piezas y de vez en cuando graznaba: «¡jaque!», después de lo cual se sentaba inescrutablemente, mirándome. Pero el juego nunca terminó. Ella simplemente me rodeó con una nube piezas, manteniéndome impotente; sin embargo, nunca le administró a mi pobre y nervioso rey un misericordioso golpe de gracia.

—Ahí está —dijo, cuando el reloj dio las diez—, un juego empatado, Withers. Estamos igualados. Una defensa muy digna de crédito, Withers. Ya conoces tu habitación. Hay cena en una bandeja en el comedor. No dejes que la criatura coma en exceso. El gong sonará tres cuartos de hora antes de un desayuno puntual.

Ella le tendió la mejilla a Seaton y él la besó con obvia sencillez. A mí me dio la mano.

—Un juego excelente —dijo cordialmente—, pero mi memoria es pobre, y —metió las piezas en la caja—, el resultado nunca se sabrá.

Ella levantó su gran cabeza hacia atrás.

—¿Eh?

Fue una especie de desafío, y solo pude murmurar:

—¡Oh, estaba absolutamente distraído! —se echó a reír y nos hizo un gesto para que

saliéramos de la habitación.

Seaton y yo nos pusimos de pie y cenamos, con un candelabro para iluminarnos, en un rincón del comedor.

—Bueno, ¿y cómo te sentirías? —dijo en voz muy baja, después de asomar cautelosamente la cabeza por la puerta.

—No entiendo.

—¿Ser espiado, todo lo que haces y piensas?

—No me gustaría en absoluto —dije.

—¡Y, sin embargo, dejaste que te aplastara jugando al ajedrez!

—¡No la dejé! —dije indignado.

—Bueno, entonces te divertiste con ella.

—No —dije—; es muy inteligente con sus caballos.

Seaton miró fijamente la vela.

—Caballos —dijo lentamente.

Y nos fuimos a la cama. Creo que no llevaba mucho tiempo acostado cuando un toque en el hombro me despertó cautelosamente. Vi el rostro de Seaton a la luz de las velas.

—¿Qué pasa? —dije, dando bandazos sobre mi codo.

—¡Ssh! No te apresures —susurró—. Ella escuchará. Lamento haberte despertado, pero no pensé que te dormirías tan pronto.

—¿Qué hora es?

Seaton llevaba, lo que entonces era bastante inusual, un camisón, y sacó su gran reloj plateado del bolsillo de su chaqueta.

—Son las doce menos cuarto. Nunca me duermo antes de las doce, no aquí.

—¿Qué haces entonces?

—Leo y escucho.

—¿Escuchar?

Seaton miró fijamente la llama de la vela como si estuviera escuchando incluso entonces.

—Lo que lees en las historias de fantasmas es todo falso. No puedes ver mucho, Withers, pero lo sabes de todos modos.

—¿Saber qué?

—Vaya, que están ahí.

—¿Quién está ahí? —pregunté con inquietud, mirando hacia la puerta.

—Pues en la casa. Está lleno de ellos. Quédate quieto y escucha afuera de la puerta de mi habitación en medio de la noche. Lo he hecho, decenas de veces; están por todas partes.

—Mira, Seaton —dije—, me has pedido que viniera aquí, y no me importó dejar un permiso sólo para complacerte; pero no hables tonterías, eso es todo, o notarás la diferencia cuando regresemos.

—No te preocupes —dijo con frialdad, dándose la vuelta—. No estaré mucho tiempo en la escuela. Además, estás aquí ahora y no hay nadie más con quien hablar.

—Mira, Seaton —dije—, puedes pensar que me vas a asustar con historias sobre voces y todo eso. Pero solo te agradeceré que te vayas. Puedes darte el gusto de andar dando vueltas toda la noche.

No respondió. Estaba de pie junto al tocador, mirando a través de su vela en el espejo; se volvió y miró lentamente alrededor de las paredes.

—Incluso esta habitación no es más que un ataúd. Supongo que ella te dijo que todo está exactamente igual que cuando murió su hermano William. ¡Puedes confiar en eso! Y buena suerte para él, digo yo. Mira eso —acercó su vela a la pequeña acuarela que he mencionado—. Hay cientos de ojos así en esta casa; e incluso si Dios te ve, cuida mucho que no lo veas. Es lo mismo con ellos. Te diré una cosa, Withers, me estoy cansando de todo esto. No lo aguantaré mucho más.

La casa estaba en silencio, e incluso en el resplandor amarillento de la vela se asomaba una tenue plata a través de la ventana abierta de mi persiana. Me quité la ropa de cama, completamente despierto, y me senté indeciso al lado de la cama.

—Sé que solo me estás engañando —dije con enojo—, pero, ¿por qué la casa está llena de... lo que dices? ¿Por qué escuchas lo que escuchas? ¡Dime eso, tonto!

Seaton se sentó en una silla y apoyó el candelabro en la rodilla. Parpadeó con calma.

—Ella los trae —dijo, con las cejas levantadas.

—¿Tu tía?

Él asintió.

—¿Cómo?

—Te lo dije —respondió con mal humor—. Ella está metida en el tema. No lo sabes. Estuvo a punto de matar a mi madre. Yo sé eso. Ella solo te deja seco. Sí. Y eso es lo que hará conmigo, porque soy como ella, como mi madre, quiero decir. Simplemente odia verme con vida. No sería como esa vieja loba por un millón de libras. Entonces —se interrumpió, con un amplio movimiento de su candelabro—, siempre están aquí. ¡Ah, muchacho, espera a que muera! Entonces oirás algo, te lo puedo asegurar. Todo está muy bien ahora, ¡pero espera hasta entonces! No estaría en tus zapatos cuando tengas que irte. No creas que me preocupan los fantasmas, o como quieras llamarlos. Estamos todos en la misma caja. Todos estamos bajo su control.

Estaba mirando casi con indiferencia al techo cuando vi que su rostro cambiaba, vi que sus ojos de repente caían como pájaros disparados y se fijaban en la rendija de la puerta que había dejado entreabierta. Incluso desde donde me senté pude ver su mejilla cambiar de color; se volvió verdosa. Se agachó sin moverse, como un animal. Y yo, sin apenas atreverme a respirar, me senté con la piel reptante, mirándolo con amargura. Sus manos se relajaron y soltó una especie de suspiro.

—¿Era eso a lo que te referías? —susurré, con una tímida muestra de jovialidad.

Miró a su alrededor, abrió la boca y asintió.

—¿Qué era? —dije.

Hizo un gesto y supe que quería decir que su tía había estado allí escuchando en la grieta de nuestra puerta.

—Mira, Seaton —dije una vez más, poniéndome en pie—. Puedes pensar que soy un tonto, como quieras. Pero tu tía ha sido cortés conmigo. No creo una palabra de lo que dices sobre ella, eso es todo. Todo el mundo está un poco fuera de lugar por la noche, y puede que pienses que es un buen deporte probarme con tus tonterías. Escuché a tu tía subir las escaleras antes de que me durmiera. Y te apuesto lo que quieras a que

ella está en la cama ahora. Además, puedes guardar tus benditos fantasmas para ti. Creo que es una conciencia culpable.

Seaton me miró fijamente.

—No soy un mentiroso, Withers; pero tampoco voy a discutir. Eres el único chico que me importa; o, en todo caso, el único tipo que ha venido aquí. No me importan un comino los fantasmas, aunque juro que sé que están aquí. Pero ella —se volvió deliberadamente—, te ha engañado, Withers. Nunca está en la cama gran parte de la noche, y puedo probarlo, solo para mostrarte que no soy tan tonto como crees. ¡Vamos!

—¿Adónde?

—Ver para creer.

Vacilé. Abrió un gran armario y sacó una pequeña bata oscura y una especie de chal. Arrojó la chaqueta sobre la cama y se puso la bata. Su rostro oscuro era incoloro, y pude ver por la forma en que hurgaba en las mangas que estaba temblando. Pero no servía de nada mostrar mi vacilación. Así que me eché el chal con borlas sobre los hombros y, dejando nuestra vela encendida en la silla, salimos juntos y nos detuvimos en el pasillo.

—¡Ahora bien, escucha! —susurró Seaton.

Nos paramos inclinados sobre la escalera. Era como inclinarse sobre un pozo, tan quieto y frío que el aire nos rodeaba. Pero en ese momento, como supongo que sucede en la mayoría de las casas antiguas, comenzó a resonar en mis oídos una mezcla de infinitos pequeños movimientos y susurros. Ahora, a lo lejos, una vieja madera relajaría sus fibras, o una fuga se extinguiría detrás del friso. Pero en medio y detrás de sonidos como estos, me pareció comenzar a ser consciente, por así decirlo, del más leve de los pasos, sonidos tan débiles como el recuerdo que se desvanece de voces en un sueño. Los ojos de Seaton brillaron oscuramente, mirándome.

—Tú también oirías con el tiempo, buen soldado —murmuró—. ¡Vamos!

Bajó las escaleras, deslizando sus delgados dedos suavemente a lo largo de los balaustres. Giró a la derecha en el bucle y lo seguí descalzo por un pasillo densamente alfombrado. Al final había una puerta entreabierta. Y desde aquí subimos muy sigilosamente y en completa oscuridad. Seaton, con inmensa precaución, abrió lentamente una puerta y nos quedamos juntos, contemplando un gran charco de oscuridad, del cual, iluminado por la débil claridad de una lamparita nocturna, se elevaba un enorme lecho. Había un montón de ropa en el suelo; a su lado dormitaban dos pantuflas. En algún lugar, un pequeño reloj hizo tictac. Había un olor denso;

lavanda y agua de colonia, mezclados con la fragancia de saquitos antiguos de jabón. Sin embargo, era un aroma aún más peculiarmente compuesto que eso.

¡Y la cama! Me quedé mirando con cautela. Estaba vacía.

Seaton puso un rostro vago y pálido, todo sombras:

—¿Qué dije? —murmuró—. ¿Quién es el tonto ahora? ¿Cómo vamos a volver sin encontrarla en el camino? ¡Contéstame eso! Oh, ojalá no hubieras venido aquí, Withers.

Se quedó de pie temblando audiblemente con su escasa túnica, y apenas podía hablar por el castañeteo de sus dientes. Muy claramente, en el silencio que siguió a su susurro, escuché que se acercaba algo voluminoso, suave y pausado. Seaton me agarró del brazo, me arrastró hacia la derecha a través de la habitación hasta un gran armario. En ese momento, como con los pulmones a punto de estallar, me asomé al dormitorio largo, bajo y con cortinas. Pude verla, toda remendada y llena de sombras, su cabello recogido (debe haber tenido enormes cantidades para una mujer tan mayor), sus párpados pesados sobre esos ojos planos, lentos y vigilantes.

Esperamos, escuchando el tictac del reloj. Ni el fantasma de un sonido se levantó de la gran cama. O se quedó tendida escuchando maliciosamente o durmió un sueño más sereno que el de un bebé. Y cuando, al parecer, llevábamos horas escondidos, helados y medio asfixiado en el armarios, salimos en cuatro patas, con el terror golpeándonos en las costillas, y así bajamos las escaleras estrechas y volvimos al pequeño dormitorio iluminado por la vela.

Una vez allí, Seaton cedió. Se sentó lívido en una silla con los ojos cerrados.

—Basta —dije, sacudiendo su brazo—, me voy a la cama. Ya he tenido suficiente de esta tontería.

Le temblaron los labios, pero no respondió. Vertí un poco de agua en mi palangana y salpiqué el rostro cetrino y la frente de Seaton. En ese momento suspiró y abrió los ojos.

—¡Vamos! —dije—. Deja de fingir, eres un buen tipo. Súbete a mi espalda, si quieres, y te llevaré a tu dormitorio.

Me despidió con un gesto y se puso de pie. Entonces, con mi vela en una mano, lo tomé por debajo del brazo y lo acompañé por el pasillo. La suya era una habitación mucho más lúgubre que la mía, y estaba llena de cajas, papeles, jaulas y ropa. Lo acurruqué en la cama y me volví para irme. Y de repente, apenas puedo explicarlo ahora, una especie de terror frío y mortal se apoderó de mí. Casi salí corriendo de la

habitación, con los ojos fijos rígidamente frente a mí, apagué la vela y hundí la cabeza bajo las sábanas.

Desperté por un golpe continuo en mi puerta. La luz del sol entraba por las ventanas y los pájaros cantaban en el jardín. Me levanté avergonzado de la locura de la noche, me vestí rápidamente y bajé. La sala del desayuno estaba llena de flores, frutas y miel. La tía de Seaton estaba de pie en el jardín junto a la ventana abierta, dando de comer a un gran revoloteo de pájaros. La miré por un momento, sin ser visto. Su rostro estaba sumido en una profunda ensoñación bajo la sombra de un gran sombrero holgado para el sol. Estaba profundamente torcido y, de una manera que no puedo describir, fijamente vacío y extraño. Tosí cortésmente y ella se volvió con una mueca sonriente para preguntarme cómo había dormido. Y de esa manera misteriosa por la que aprendemos los pensamientos secretos del otro sin decir una sílaba, supe que ella había seguido cada palabra y movimiento de la noche anterior, y estaba triunfando sobre mi inocencia afectada y ridiculizando mis avances amistosos.

Regresamos a la escuela, Seaton y yo. En el tren no hice ninguna referencia a la oscura conversación que habíamos tenido, y me negué resueltamente a mirarlo a los ojos o aceptar las insinuaciones que dejaba caer. Me sentí aliviado, y sin embargo lo lamenté. Caminé tan rápido como pude desde la estación, con Seaton casi trotando en mis talones. Pero insistió en comprar más frutas y dulces, mi parte de la cual acepté de mala gana. Era como un soborno; y, después de todo, no tenía ninguna disputa con su vieja tía. Realmente no había creído ni la mitad de las cosas que me había contado.

Lo vi lo menos que pude después de eso. Nunca se refirió a nuestra visita ni retomó sus confidencias, aunque en clase a veces veía su mirada fija en la mía, llena de un entendimiento mudo, que fácilmente fingía no comprender. Abandonó Gummidge's, como he dicho, de manera bastante abrupta, aunque nunca supe nada que lo desacreditara. Y no volví a verlo ni a tener noticias de él hasta que, por casualidad, nos encontramos una tarde de verano en el Strand.

Iba vestido de manera bastante extraña, con un abrigo demasiado grande para él y una corbata de seda brillante. Pero al instante nos reconocimos bajo el toldo de una joyería barata. Inmediatamente se unió a mí y me arrastró, no muy alegremente, a almorzar con él en un restaurante italiano cercano. Charló sobre nuestra vieja escuela, que sólo recordaba con disgusto; me contó a sangre fría el destino desastroso de uno o dos de los compañeros mayores que habían estado entre sus principales torturadores; insistió en un vino caro y toda la gama del menú extranjero; y finalmente me informó, con muchas quejas, que había ido a la ciudad a comprar un anillo de compromiso.

—¿Cómo está tu tía? —pregunté al fin.

Parecía haber estado esperando la pregunta. Cayó como una piedra en un estanque profundo, tantas expresiones revolotearon a través de su rostro largo, triste, cetrino y

poco inglés.

—Ha envejecido mucho —dijo en voz baja, y se interrumpió—. Lamentablemente, nuestra familia ha perdido gran parte de su dinero.

—No —dije.

—¡Oh sí! —dijo Seaton, y volvió a hacer una pausa.

De alguna manera supe que me había mentado; que no poseía, y nunca había poseído, un centavo más de lo que su tía había derrochado en su excesiva asignación de dinero.

—¿Y los fantasmas? —pregunté con curiosidad.

Se puso instantáneamente solemne y, aunque pudo haber sido mi imaginación, se puso ligeramente amarillento.

—Me estás burlando, Withers —fue todo lo que dijo.

Me pidió mi dirección y yo le di mi tarjeta de mala gana.

—Mira, Withers —dijo, mientras nos despedíamos juntos a la luz del sol en la acera—, aquí estoy, y todo está muy bien. Quizás no soy tan imaginativo como antes. Pero eres prácticamente el único amigo que tengo en la tierra, excepto Alice. Y ahí, para dejarlo en claro, no estoy seguro de que a mi tía le importe mucho que me case. Ella no lo dice, por supuesto. La conoces lo suficientemente bien para eso.

Miró de reojo el ruidoso tráfico.

—Lo que iba a decir es esto: ¿Te importaría venir? No necesitas pasar la noche a menos que lo desees, aunque, por supuesto, sabes que sería muy bienvenido. Pero me gustaría que conocieras a mi... a Alice; y luego, quizás, podrías decirme tu sincera opinión sobre... sobre lo otro también.

Vagamente objeté. Me presionó. Y nos despedimos con una promesa a medias de que iría. Me agitó su bastón y salió corriendo con su chaqueta larga detrás del autobús.

Una carta llegó poco después, con su letra pequeña y débil, dándome detalles sobre la ruta y los trenes. Sin la menor curiosidad, incluso tal vez con alguna pequeña molestia de que el azar nos hubiera vuelto a juntar, acepté su invitación y llegué un mediodía brumoso a la estación apartada para encontrarlo sentado en un banco bajo, esperándome. Parecía preocupado y singularmente apático; pero, no obstante, alegre de verme.

Caminamos por la calle del pueblo, pasamos por la pequeña y lúgubre botica y la fragua vacía y, como en mi primera visita, bordeamos la casa. En lugar de entrar por la puerta principal, bajamos por el sendero verde hacia el jardín, en la parte trasera. Una pálida neblina amortiguaba el sol; el jardín se encontraba en un resplandor gris: sus viejos árboles, sus paredes levemente relucientes. Pero ahora había un aire de descuido donde antes todo había sido pulcro y metódico. En un parche de tierra poco excavada había una pala desgastada apoyada contra un árbol y una vieja carretilla deteriorada. Las rosas se habían convertido en hojas y brezos; los árboles frutales estaban sin podar.

—No eres un gran jardinero, Seaton —dije por fin con un suspiro de alivio.

—Creo que me gusta más así —dijo Seaton—. Ahora no tenemos ningún hombre, por supuesto. No puedo pagarlo —se quedó mirando la tierra recién removida—. Y siempre me parece —continuó cavilando— que, después de todo, no somos nada mejor que intrusos en la tierra, desfigurando y manchando dondequiera que vayamos. Puede parecer una blasfemia decirlo; pero todo es diferente aquí, ya ves. Estamos más lejos.

—Para decirte la verdad, Seaton, no se ve muy bien.

—Es sólo lo que pienso —respondió, con toda su extraña y terca mansedumbre—. Y uno piensa como es.

Caminamos juntos, hablando poco y todavía con esa expresión de inquieta vigilancia en el rostro de Seaton. Sacó su reloj mientras nos quedamos mirando ociosos los prados verdes y los juncos oscuros e inmóviles.

—Creo que, tal vez, es casi la hora de almorzar —dijo—. ¿Te gustaría entrar?

Dimos media vuelta y caminamos lentamente hacia la casa, a través de cuyas ventanas confieso que también mis propios ojos se paseaban sin descanso en busca de su desconcertante reclusa. Había una expresión patética de suciedad, óxido y pintura descolorida. La tía de Seaton, un poco para mi alivio, no compartió nuestra comida. Así que se le cortó un trozo de carne fría y se lo envió por un criado anciano para su consumo privado. Hablamos poco y en tonos medio reprimidos, y bebimos un poco del Madeira que Seaton, después de escuchar durante un momento o dos, sacó del gran aparador de caoba.

Le jugué una partida de ajedrez, aburrida y sin esfuerzo, bostezando entre los movimientos que él mismo hacía casi al azar y con la atención en otra parte. Hacia las cinco se escuchó el sonido de un timbre distante, y Seaton se levantó de un salto, volcando el tablero, y así terminó un juego que de otra manera podría haber continuado fatuosamente hasta el día de hoy. Se disculpó efusivamente, y al cabo de un rato regresó con una chica delgada, morena y de rostro pálido, de unos diecinueve

años, con una bata blanca y un sombrero, a quien me presentaron con un poco de nerviosismo como su «querida vieja amiga y compañera de escuela».

Seguimos hablando a la luz dorada de la tarde. Incluso a pesar de nuestros esfuerzos por ser animados y alegres, la charla fue reprimida y sin brillo. Todos parecíamos expectantes, casi ansiosos, esperando una llegada, la aparición de alguien cuya imagen llenaba nuestra conciencia colectiva. Seaton era el que menos hablaba, y de una manera inquieta mientras continuamente se movía de una silla a otra. Por fin propuso dar un paseo por el jardín antes de que el sol se hubiera puesto del todo.

Alice caminó entre nosotros. Su cabello y sus ojos eran notoriamente oscuros contra la blancura de su vestido. Ella se comportó sin falta de gracia y, sin embargo, con un movimiento peculiarmente pequeño de los brazos y el cuerpo, y nos respondió a los dos sin volver la cabeza. Había una curiosa reserva provocadora en ese impassible rostro melancólico. Parecía estar atormentado por una trágica influencia que ella misma ignoraba.

Y, sin embargo, de alguna manera supe, creo que todos lo sabíamos, que este paseo, esta discusión de sus planes futuros, era una futilidad. No tenía nada en que basar tal escepticismo, excepto en una vaga sensación de opresión, una conciencia presagiada de algún poder inerte e invencible en el fondo, para quien los planes optimistas, las relaciones amorosas y la juventud son como paja y cardo. Regresamos, silenciosos, con la última luz. La tía de Seaton estaba allí, bajo una vieja lámpara de bronce. Su cabello estaba tan rizado como siempre. Sus párpados, creo, colgaban incluso un poco más pesados sobre sus pupilas inescrutables. Salimos de la noche con suavidad e hice mi reverencia.

—En este breve intervalo, señor Withers —comentó amablemente—, ha dejado de lado la juventud. Se ha convertido en un hombre. ¡Dios mío, qué triste es ver desaparecer la juventud! Siéntate. Mi sobrino me dice que lo encontró por casualidad, o tal vez por acto de la Providencia. Usted, creo, debe ser el padrino. ¡Sí, el padrino! ¿O estoy divulgando secretos?

Observó a Arthur y Alice con abrumadora cortesía. Se sentaron separados en dos sillas bajas y sonrieron a cambio.

—Y Arthur, ¿cómo cree que se ve Arthur?

—Creo que parece muy necesitado de un cambio —dije.

—¡Un cambio! —ella casi cerró los ojos y con un sentimentalismo exagerado negó con la cabeza—. ¡Mi querido señor Withers!

—¿No necesitamos todos un cambio en este mundo fugaz?

Reflexionó sobre el comentario como una experta.

—Y usted —continuó, volviéndose bruscamente hacia Alice—, espero que le haya mostrado al señor Withers todas mis cosas bonitas.

—Solo caminamos por el jardín —respondió la chica; luego, mirando a Seaton, añadió casi inaudiblemente—: Es una noche muy hermosa.

—¿Lo es? —dijo la anciana, levantándose violentamente—. En esta noche tan hermosa entraremos a cenar. Señor Withers, su brazo; Arthur, trae a tu novia.

Éramos un cuarteto extraño, pensé, mientras conducía solemnemente al comedor descolorido y frío, con esta vieja e indefinible criatura inclinada en mi brazo con su gran brazalete plano en la muñeca amarillenta. Respiraba pesadamente, pero como si hiciera un esfuerzo mental más que físico; porque se había vuelto mucho más corpulenta y, sin embargo, más proporcionada.

Hablarle a esa gran cara blanca, tan cercana a la mía, fue una experiencia extraña en la tenue luz del pasillo, e incluso en el centelleante cristal de las velas. Ella no era ingenua, era astuta y desafiante.

La comida fue tremenda. Nunca había visto una ensalada tan monstruosa. Los platos estaban grasientos y demasiado condimentados, como cocinados con indiferencia. Solo una cosa permaneció sin cambios: el apetito de mi anfitriona era tan gigantesco como siempre. El pesado candelabro de plata que nos iluminaba estaba frente a su silla de respaldo alto. Seaton se sentó un poco apartado, su plato casi a oscuras.

Y a lo largo de esta prodigiosa comida su tía habló, principalmente conmigo, principalmente con él, pero con alguna que otra broma satírica a Alice y murmurando explosiones de reprimenda al criado. Había envejecido y, sin embargo, si no es una tontería decirlo, no parecía mayor. Supongo que para las pirámides una década no es más que el susurro de un puñado de polvo. Ella me recordó un prehistorismo tan inquebrantable.

Ciertamente era una conversadora asombrosa, rápida, atroz, con una expresión perfectamente abrumadora. En cuanto a Seaton, sus destellos de silencio fueron para él. Sobre su enorme volubilidad caería de pronto un silencio: el sarcasmo ácido quedaría implícito; y ella se sentaría suavemente moviendo su gran cabeza, con los ojos fijos en una sonrisa soñadora; pero con toda su atención, se podía ver, lenta y alegremente, absorbiendo su mudo desconcierto.

Nos confió sus opiniones sobre un tema que ocupaba vagamente en este momento, supongo, todas nuestras mentes.

—Tenemos instituciones bárbaras, por lo que debemos aguantar, supongo, una procesión interminable de tontos, de tontos ad infinitum. El matrimonio, señor Withers, se instituyó en la intimidad de un jardín; sub rosa, por así decirlo. La civilización hace alarde de ella en el resplandor del día. Los aburridos se casan con los pobres; el rico, el decadente; y así nuestra Nueva Jerusalén está poblada de naturales, sencillos y coloridos, en ambos extremos. Detesto la locura; Detesto aún más (si debo ser sincera, querido Arthur) la mera inteligencia. La humanidad simplemente se ha convertido en una hueste sin cola de animales poco instintivos. Nunca deberíamos haber aceptado la evolución, señor Withers. ¡Selección natural! Deberíamos haber usado nuestro cerebro: orgullo intelectual, lo llaman los eclesiásticos. Y por cerebro me refiero, ¿a qué me refiero, Alice? Quiero decir, mi querida niña —y puso dos dedos groseros sobre la estrecha manga de Alice—, me refiero al coraje. Considéralo, Arthur. Leí que el mundo científico está comenzando una vez más a tener miedo de las agencias espirituales. Agencias espirituales que tocan y flotan. Creo que solo una más de esas moras, gracias.

»Hablan de amor ciego —continuó burlonamente mientras se servía, sus ojos vagando por el plato—, pero, ¿por qué ciego? Creo, señor Withers, que por llorar por su raquitismo. Después de todo, somos las mujeres sencillas las que triunfamos, ¿no es así? Más allá de la burla del tiempo. ¡Alice, escucha! Fugaz, fugaz es la juventud, hija mía. ¿Qué es lo que le confías a tu plato, Arthur? Chico satírico. Se ríe de su vieja tía: no, pero tú te reíste. Detesta todo sentimiento. Susurra los apartes más ácidos. Ven, querida, dejaremos a estos cínicos; iremos y nos compadeceremos de nuestro sexo. ¡La elección de dos males, señor Smithers!

Abrí la puerta y ella salió como si la llevara un torrente de indignación ininteligible. Arthur y yo nos quedamos solos en la clara luz de cuatro llamas.

Por un rato nos sentamos en silencio. Encendí un cigarrillo. En ese momento se movió inquieto en su silla y asomó la cabeza hacia la luz. Hizo una pausa para levantarse y volvió a cerrar la puerta.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —preguntó.

Me reí.

—¡Oh, no es eso! —dijo, en cierta confusión—. Por supuesto, me gusta estar con ella. Pero no es eso. La verdad, Withers, no me importa dejarla demasiado tiempo con mi tía.

Vacilé. Me miró inquisitivamente.

—Mira, Seaton —dije—, sabes lo suficientemente bien que no quiero interferir en tus

asuntos ni ofrecer consejos donde no sea necesario. ¿Pero no crees que quizás no tratas a tu tía de la manera correcta? A medida que uno envejece, ya sabes... Tengo una vieja madrina, o algo por el estilo. Ella también es un poco rara. Una pequeña concesión de vez en cuando no hace daño.

Se sentó con las manos en los bolsillos y todavía con los ojos fijos casi con incredulidad en los míos.

—¿Cómo? —dijo.

—Bueno, querido amigo, no puedo evitar pensar que ella piensa que no te preocupas por ella; y tal vez tome tu silencio por...mal genio. Ha sido muy decente contigo, ¿no es así?

Seguí fumando en silencio; pero Seaton siguió mirándome con esa peculiar concentración que recordaba de antaño.

—Quizá, Withers —empezó a decir—, no estés entendiendo del todo. Quizás no eres del todo de nuestra clase. Eres como los demás en la escuela. Te reíste de mí esa noche que viniste a quedarte aquí, sobre las voces y todo eso. Pero no me importa que se rían de mí, porque lo sé.

Era el mismo viejo sistema de preguntas aburridas y respuestas evasivas.

—Quiero decir, sé que lo que vemos y oímos es solo la fracción de lo que es. Sé que vive fuera de esto. Ella te habla; pero todo es una fantasía. Es todo un juego de salón. Ella no está realmente contigo; sólo enfrentando su ingenio exterior contra el tuyo y disfrutando del engaño. Ella vive por dentro, y se da un festín caníbal. Es una araña. No importa mucho cómo la llares, significa lo mismo. Te lo digo, Withers, ella me odia; y apenas puedes soñar lo que significa ese odio. Solía pensar que tenía una idea del motivo. Son océanos más profundos que eso. Ni siquiera conocemos nuestras propias historias, ni una décima parte de las razones. ¿Qué ha sido la vida para mí? Nada más que una trampa. Y cuando uno se libera por un tiempo, solo comienza de nuevo. Pensé que lo entenderías; pero estás en un nivel diferente: eso es todo.

—¿De qué diablos estás hablando? —dijo con desdén, a mi pesar.

—Quiero decir lo que digo —dijo guturalmente—. Todo esto de afuera es una fantasía, ¡pero ahí está! ¿De qué sirve hablar? En lo que a esto se refiere, ya he terminado.

Seaton apagó tres de las velas y, dejando la habitación vacía en la penumbra, avanzamos a tientas por el pasillo hasta el salón. Allí, la luna llena brillaba en las largas ventanas del jardín. Alice se sentó agachada en la puerta, con las manos entrelazadas en su regazo, mirando hacia afuera, sola.

—¿Dónde está ella? —preguntó Seaton en voz baja.

Los ojos de Alice se encontraron en una mirada de comprensión instantánea, y la puerta, inmediatamente después, se abrió detrás de nosotros.

—¡Qué luna! —dijo una voz que, una vez escuchada, permanecía inolvidable en el oído—. Una noche de enamorados, señor Withers, si es que alguna vez hubo una. Consíguete un chal, querido Arthur, y lleva a Alice a dar un paseo. Me atrevería a decir que los viejos compinches conseguiremos mantenernos despiertos. ¡Date prisa, Romeo! Mi pobre, pobre Alice. ¡Qué amante tan perezoso!

Seaton regresó con un chal. Se desviaron hacia la luz de la luna. Mi compañera los siguió con la mirada y luego se volvió hacia mí con gravedad. De repente, torció su pálido rostro en una convulsión de diversión desdeñosa que solo pude contestar con la mirada perdida.

—¡Queridos niños inocentes! —dijo, con untuosidad inimitable—. Bueno, señor Withers, nosotros, las pobres criaturas viejas y experimentadas, debemos adaptarnos a los tiempos. ¿Cantas?

—Exploré la idea.

—Entonces debes escucharme tocar. El ajedrez —se apretó la frente con ambas manos entumecidas—, está completamente más allá de mi pobre ingenio.

Se sentó al piano y pasó los dedos con una floritura sobre las teclas.

—¿Cómo los capturaremos, esos corazones apasionados? —dijo— ¿Ese primer rapto fino y descuidado? La poesía misma.

Miró suavemente hacia el jardín por un momento, y luego, con un movimiento de su cuerpo, comenzó a tocar los primeros compases de la Sonata a la Luz de la Luna de Beethoven. El piano era viejo y lanoso. La luz de la lámpara era bastante tenue. Los rayos de luna que entraban por la ventana atravesaban las teclas. Su cabeza estaba en la sombra. Y si se debió simplemente a su personalidad o a alguna habilidad realmente oculta en su interpretación, no puedo decirlo; solo sé que se dispuso grave y deliberadamente a satirizar la hermosa música. Rumió en el aire, desilusionada, cargado de burla y amargura.

Me paré junto a la ventana. A lo lejos en el camino pude ver una figura blanca brillando en ese charco de luz incolora. Algunas estrellas tenues brillaron, mientras esa mujer asombrosa detrás de mí sacaba de las teclas involuntarias su maravilloso grotesco de juventud, amor y belleza.

Sabía que el jugador me estaba mirando cuando se detuvo.

—¡Por favor, por favor, continúe! —murmuré sin volverme—. Siga tocando, señorita Seaton.

No hubo respuesta a este meloso sarcasmo, pero me di cuenta, de una manera vaga, de que me estaban escudriñando intensamente, cuando de repente siguió una procesión de acordes silenciosos y quejumbrosos que finalmente rompieron suavemente en el himno, *A Few More Years Shall Roll*.

Confieso que me dejó hechizado. Hay un patetismo melancólico, tenso, en la melodía; pero bajo esas magistrales manos ancianas lloraba suave y amargamente la soledad y el desesperado alejamiento del mundo. Arthur y su amada desaparecieron de mis pensamientos. Nadie podría poner en una melodía tan trillada un himno tan atractivo.

Me volví una fracción de pulgada para mirarla. Se inclinaba un poco hacia adelante sobre las teclas, de modo que, al aproximarse mi escrutinio silencioso, no tuvo más que adelantar su rostro en la tenue luz de la luna para que cada rasgo se volviera claramente visible. Y así, con la melodía terminada abruptamente, nos miramos fijamente el uno al otro; y estalló en una risa prolongada.

—No es tan experimentado como suponía, señor Withers. Veo que es un verdadero amante de la música. Para mí es demasiado dolorosa. Evoca demasiados pensamientos.

Apenas podía ver sus ojillos brillantes bajo los párpados.

—Y ahora —se interrumpió bruscamente—, dígame, como hombre de mundo, ¿qué piensa de mi nueva sobrina?

Yo no era un hombre de mundo, ni me sentí muy halagado en mi forma rígida y aburrida de ver las cosas por ser llamado así.

—No creo, señorita Seaton, que sea un gran juez de carácter. Pero ella es muy encantadora.

—¿Una morena?

—Creo que prefiero a las mujeres morenas.

—¿Y por qué? Considere, señor Withers; cabello oscuro, ojos oscuros, nube oscura, noche oscura, visión oscura, muerte oscura, tumba oscura, OSCURIDAD...

Quizás el clímax hubiera emocionado bastante a Seaton, pero yo era demasiado insensible.

—No sé mucho de todo eso —respondí pomposamente—. La luz del día es bastante difícil para la mayoría de nosotros.

—Ah —dijo ella, con un estallido de risa satírica.

—Y supongo —continué, quizás un poco irritado—, no es la oscuridad real que uno admira, es el contraste de la piel y el color de los ojos y... y su brillo. Sería un largo día sin la noche. En cuanto a la muerte y la tumba, supongo que no las notaremos.

Arthur y su amada regresaban lentamente por el sendero cubierto de rocío.

—Creo en sacar lo mejor de las cosas.

—¡Qué interesante! —vino la suave respuesta—. Veo que es filósofo, señor Withers. ¡Hmm! En cuanto a la muerte y la tumba, coincido, supongo que no las notaremos. Muy interesante.

Se levantó lentamente de su taburete.

—Espero que vuelva a tener piedad de mí. Usted y yo nos llevaríamos de maravilla, almas gemelas, afinidades electivas. Y, por supuesto, ahora que mi sobrino me va a dejar, ahora que sus afectos se centran en otra, seré una anciana muy solitaria. ¿Verdad, Arthur?

Seaton parpadeó estúpidamente.

—No escuché lo que dijiste, tía.

—Le estaba diciendo a nuestro viejo amigo, Arthur, que cuando te vayas seré una anciana muy solitaria.

—Oh, no lo creo —dijo con una voz extraña.

—Quiere decir, señor Withers —dijo, pasando los ojos por encima de Alice—, que tendré memoria para la compañía, una memoria celestial, los fantasmas de otros días. ¡Chico sentimental! ¿Disfrutaste nuestra música, Alice? ¿Realmente conmoví ese corazón juvenil? —continuó la horrible vieja criatura—. ¡He estado escuchando tales halagos, tales confesiones! Cuidado, Arthur.

Me miró con los ojos en blanco, se encogió de hombros ante Alice y miró un instante con expresión fría a la cara de su sobrino.

Le tendí la mano.

—¡Buenas noches! —dijo ella—. El que lucha y huye... Ah, buenas noches, señor Withers; ¡Vuelva pronto!

Extendió la mejilla hacia Alice y los tres salimos lentamente de la habitación.

Una sombra negra oscureció el porche y la mitad del sicomoro. Caminamos sin hablar por la polvorienta calle del pueblo. Aquí y allá brillaba una ventana carmesí. En la bifurcación de la carretera me despedí. Pero había dado poco más de una docena de pasos cuando un repentino impulso se apoderó de mí.

—¡Seaton! —llamé.

Se volvió bajo el frío sigilo de la luz de la luna.

—Tienes mi dirección. Si por casualidad, ya sabes, te gustaría pasar una semana o dos en la ciudad, estaría encantado.

—Gracias, Withers —dijo en voz baja.

—Me atrevo a decir —le hice un gesto galante con mi bastón a Alice— que podríamos encontrarnos todos —agregué riendo.

—Gracias, gracias, Withers —repitió.

Y así nos separamos.

Siendo de naturaleza estólida e indiferente, dejé a Seaton y su matrimonio, e incluso a su tía, solos en mi memoria, y apenas pensé en ellos hasta que un día volvía a caminar por el Strand y me crucé con el destellante crepúsculo de la joyería de segunda categoría donde accidentalmente me encontré con mi antiguo compañero de escuela en el verano. Era uno de esos días otoñales estancados después de una noche de lluvia. No puedo decir por qué, pero un vívido recuerdo regresó a mi mente: nuestro encuentro y lo reprimido que parecía Seaton, lo inútilmente que se había esforzado por parecer seguro. A estas alturas debía estar casado y sin duda había regresado de su luna de miel. Ciertamente había olvidado mis modales, no había enviado una palabra de felicitación, ni —como bien podría haberlo hecho— ni siquiera el fantasma de un regalo de bodas.

Por otro lado, no había recibido ninguna invitación.

Me detuve en la esquina de Trafalgar Square y, a instancias de uno de esos caprichos

que se apoderan de vez en cuando incluso de una mente poco imaginativa, me encontré a mí mismo corriendo tras un autobús verde y, de hecho, me dirigí a una visita que no tenía la menor intención o de hacer.

Los colores del otoño estaban sobre el pueblo cuando llegué. Un hermoso sol de la tarde bañaba paja y prado. Me encontré con un niño, dos perros, una mujer muy anciana con una cesta pesada. Uno o dos comerciantes indiferentes alzaron la mirada cuando pasé. Todo era tan rural y remoto, y mi impulso caprichoso había decaído tanto, que por un momento dudé en aventurarme bajo la sombra del sicómoro para preguntar por la feliz pareja.

De hecho, pasé primero por las puertas de un azul pálido y continué mi caminata bajo la pared alta. Las malvarrosas habían alcanzado su brote más alto y, sembradas en los pequeños jardines de la cabaña más allá, las margaritas estaban en flor. En el aire flotaba un dulce y cálido olor de hojas marchitas. Más allá de las cabañas había un campo donde pastaba el ganado, y después un pequeño cementerio. Luego, el camino serpenteaba, sin caminos y sin casas, entre árboles y helechos. Me volví impaciente, caminé rápidamente de regreso a la casa y toqué el timbre.

La anciana bastante incolora que respondió a mi pregunta me informó que la señorita Seaton estaba en casa, como si sólo la taciturnidad se lo impidiera agregar:

—Pero no quiere verlo.

—¿Cree que podría darme la dirección del señor Arthur? —dije.

Me miró con silencioso asombro, como si esperara una explicación. Ni la más leve de las sonrisas apareció en su rostro delgado.

—Se lo preguntaré a la señorita Seaton —dijo después de una pausa—. Por favor, entre.

Me hizo pasar al lúgubre salón, iluminado por el sol del atardecer y por la luz teñida de verde que penetraba las hojas que sobresalían de las largas ventanas francesas. Me senté y esperé, ocasionalmente consciente de un crujido de pisadas en lo alto. Por fin, la puerta se abrió un poco y el gran rostro que había conocido una vez me miró. Estaba enormemente cambiado. Sobre todo, creo, porque los ojos envejecidos habían caído de repente, y así una especie de quietud y oscuridad cubría su palidez serena y arrugada.

—¿Quién es? —preguntó ella.

Me expliqué y le conté el motivo de mi visita.

Entró, cerró la puerta con cuidado tras ella y, aunque el tanteo era apenas perceptible, se dirigió a tientas hasta una silla. Llevaba puesta una vieja bata, a modo de sotana, de un estampado de color canela.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo, sentándose y levantando su rostro inexpresivo hacia el mío.

—¿Puedo tener la dirección de Arthur? —dije con deferencia—. Lamento mucho haberla molestado.

—Hmm. ¿Has venido a ver a mi sobrino?

—No necesariamente para verlo, solo para escuchar cómo está y, por supuesto, también a la señora Seaton. Me temo que mi silencio debe haberlos molestado...

—No ha notado su silencio —gruñó la vieja voz desde la gran máscara—. Además, no hay ninguna señora Seaton.

—Ah, entonces —respondí después de una pausa momentánea—, ¿cómo está la señorita Outram?

—Se ha ido a Yorkshire —respondió la tía de Seaton.

—¿Y Arthur también?

Ella no respondió, simplemente se sentó, mirándome, parpadeando con la barbilla levantada, como si escuchara, pero ciertamente no por lo que podría tener que decir. Empecé a sentirme un poco perdido.

—¿No era usted un amigo íntimo de mi sobrino, señor Smithers? —dijo en un momento.

—No —respondí, dándole la bienvenida a la señal—. Sin embargo, ¿sabe, señorita Seaton? Él es uno de los pocos de mis antiguos compañeros de escuela con los que me he encontrado en los últimos años, y supongo que como tal envejece uno empieza a valorar las viejas compañías.

Mi voz pareció desvanecerse en el vacío.

—Pensé que la señorita Outram —comencé de nuevo apresuradamente—, era una chica particularmente encantadora. Espero que ambos estén bastante bien.

Aún así, el viejo rostro parpadeó solemnemente en silencio.

—¿Debe de encontrarlo muy solitario, señorita Seaton, con Arthur ausente?

—Nunca me sentí sola en mi vida —dijo con amargura—. No busco mi compañía carne y hueso. Cuando tenga mi edad, señor Smithers (Dios no lo quiera), encontrará que la vida es un asunto muy diferente de lo que piensa ahora. Entonces no buscará compañía, estará obligado.

Su rostro se transformó en la clara luz verde, y sus ojos buscaron a tientas, por así decirlo, en mi rostro vacío y desconcertado.

—Me atrevo a decir, ahora —dijo ella, componiendo la boca—, que mi sobrino le contó muchas tonterías en su tiempo. Oh, sí, muchas, ¿eh? Siempre fue un mentiroso. ¿Qué dijo de mí? Dígamelo ahora.

Se inclinó hacia adelante tanto como pudo, temblando, con una sonrisa congraciadora.

—Creo que él es bastante supersticioso —dije con frialdad—, pero, sinceramente, tengo muy mala memoria, señorita Seaton. Espero que el compromiso no se haya roto.

—Bueno, entre usted y yo —dijo ella, encogiéndose y con una mueca inmensamente confidencial—, se ha roto.

—Lamento mucho oírlo. ¿Y dónde está Arthur?

—¿Eh?

—¿Dónde está Arthur?

Nos miramos en silencio entre los muebles viejos y muertos. Más allá de todo mi análisis estaba ese semblante grande, plano, gris y críptico. Y luego, de repente, nuestros ojos se encontraron por primera vez. De alguna manera indescriptible fuera de esa oscuridad de párpados gruesos, algo muy pequeño se inclinó y me miró por un mero instante de tiempo que pareció una prolongación casi intolerable.

Involuntariamente, parpadeé y negué con la cabeza. Murmuró algo con gran rapidez, pero de manera bastante inarticulada; se levantó y cojeó hasta la puerta. Creí oír, mezclado en murmullos entrecortados, algo sobre el té.

—Por favor, por favor, no se preocupe —comencé, pero no pude decir más, porque la puerta ya estaba cerrada entre nosotros.

Me paré y miré hacia el jardín abandonado durante mucho tiempo. Solo podía ver el verde brillante y maleza del estanque de renacuajos. Vagué por la habitación. Comenzó a anochecer, los últimos pájaros en esa densa sombra de árboles habían

dejado de cantar. No se oía ni un sonido en la casa. Esperé una y otra vez, especulando en vano. Incluso intenté tocar el timbre; pero el cable estaba roto y solo tintineó ligeramente por mis esfuerzos.

Dudé, sin querer llamar ni aventurarme a salir, y aún más reacio a quedarme, esperando un té que prometía ser sumamente incómodo. Y mientras la oscuridad caía, me invadió una sensación de máxima inquietud. Todas mis conversaciones con Seaton volvieron a mí con un significado repentinamente enriquecido. Recordé su rostro cuando nos habíamos quedado en la escalera, escuchando en la madrugada los inexplicables movimientos de la noche.

No había velas en la habitación; cada minuto se profundizaba la oscuridad otoñal. Abrí la puerta con cautela y escuché, y con un poco de consternación me retiré, porque no estaba seguro de cómo salir. Incluso probé el jardín, pero me encontré bajo un verdadero matorral de follaje por una puerta con candado. ¡Sería un poco vergonzoso ser sorprendido escalando la cerca del jardín de un amigo!

Volviendo con cautela al silencioso y mohoso salón, saqué el reloj y le di a la anciana diez minutos para que reapareciera. Pero decidí no esperar más, abrí la puerta y, confiando en mi sentido de la orientación, me abrí paso a tientas por el pasillo. Recordaba vagamente que conducía al frente de la casa.

Subí tres o cuatro escalones y, al levantar una pesada cortina, me encontré frente a la lumbrera estrellada del porche. Desde allí miré hacia la penumbra del comedor. Mis dedos estaban en el pestillo de la puerta exterior cuando escuché un leve movimiento en la oscuridad sobre el pasillo. Miré hacia arriba y me volví consciente, en lugar de ver, de la vieja figura acurrucada mirándome.

Hubo una inmensa pausa silenciosa. Luego:

—Arthur, Arthur —susurró una voz áspera e inexpresablemente malhumorada—, ¿eres tú? ¿Eres tú, Arthur?

Apenas puedo decir por qué, pero la pregunta me asustó terriblemente. No se me ocurrió ninguna respuesta concebible. Con la cabeza echada hacia atrás, la mano apretada sobre mi paraguas, continué mirando hacia la penumbra, en este fatuo enfrentamiento.

—Oh, oh —graznó la voz—. Eres tú, ¿verdad? ¡Ese hombre repugnante! Vete. Vete.

Ante esta despedida, abrí la puerta de un tirón y, cerrándola con rudeza detrás de mí, salí corriendo al jardín, bajo el gigantesco y viejo sicomoro.

Me encontré a la mitad de la calle del pueblo antes de dejar de correr. El carnicero

local estaba sentado en su tienda leyendo un periódico a la luz de una pequeña lámpara de aceite. Crucé la calle y pregunté el camino a la estación. Y después de que me había dirigido con minucioso e innecesario cuidado, le pregunté casualmente si el señor Arthur Seaton todavía vivía con su tía en la casa grande más allá del pueblo. Asomó la cabeza por la pequeña puerta del salón.

—Aquí hay un caballero preguntando por el joven señor Seaton, Millie —dijo—. Está muerto, ¿no?

—Vaya, sí, Dios le bendiga —respondió una voz alegre desde dentro—. Muerto y enterrado hace tres meses o más. Pobre joven señor Seaton. Y justo antes de casarse, ¿no te acuerdas, Bob?

Vi el rostro de una joven rubia asomándose por encima de la muselina de la puertecita.

—Gracias —respondí.

—No hay problema, señor. Y recuerde, más allá del estanque, suba la colina un poco a la izquierda, y entonces verá las luces de la estación ante sus ojos.

Nos miramos a la luz de la lámpara humeante. Pero ni una de las muchas preguntas en mi mente pude poner en palabras.

Y de nuevo me detuve, indeciso, unos pasos más adelante. No fue, me imagino, simplemente una aprensión tonta de lo que el carnicero podría pensar lo que me impidió regresar para ver si podía encontrar la tumba de Seaton en el cementerio de la iglesia. Era muy poco útil deambular en la oscuridad fangosa simplemente para descubrir dónde estaba enterrado. Y, sin embargo, me sentí un poco incómodo. Mi pensamiento horrible fue que, en lo que a mí respecta, uno de sus extremadamente pocos amigos, nunca había estado mucho mejor que «enterrado» en mi mente.